

Recuerdos tristes de un evento alegre

Autor: Manolo Campa

Los Juegos Olímpicos y los Campeonatos Mundiales de Fútbol son acontecimientos que acaparan la atención mundial. Los estadios de las ciudades anfitrionas se llenan hasta el tope con partidarios de los países participantes. Los medios de comunicación mantienen informados a los que están a distancia. Otras noticias pasan a un segundo plano empequeñecidas por reportajes relacionados con eventos que envuelven a deportistas de todas partes del mundo.

En la vida de una familia también hay sucesos que arrebatan. Algunos de los miembros de la parentela se olvidan de todo. Otros son olvidados por todos. Eso me pasó cuando se casó una de mis tres hijas. Este fue el primer evento social de ese tipo en nuestras vidas. Para mi mujer fue un suceso apasionante. Se dedicó a él en cuerpo y alma... las veinticuatro horas del día. Todo lo demás perdió importancia... incluso yo.

Sin haberme puesto a dieta, pasé hambre, bajé libras de peso. La comida, antes succulenta y abundante, perdió el lugar que tenía en nuestra escala de prioridades. Fue desplazada por las telas, los velos, las flores, las invitaciones, los candelabros, la alfombra roja...

Las mujeres de la casa dedicaron toda la atención y el esmero que a mí me pertenecía, en cuidarse las uñas de las manos, como si el lucimiento de la ceremonia nupcial dependiera totalmente del largo de esa parte dura que crece en las extremidades de los dedos. Las uñas de las mujeres que van a participar en una boda aprendí que tienen tanta importancia como los espolones de los gallos finos que van a enfrentarse en una pelea.

En esos días de abandono experimenté sentimientos que no había sufrido antes: hambre, soledad, indiferencia, desatención, olvido, etcétera... etcéteras todas deprimentes. En más de una ocasión pensé regresar a casa de mis padres, pero comprendí que eso solamente pasa en las novelas que ve mi suegra... y lo hacen las damas, no los galanes. Además, mamá ya tiene suficiente con atender a mi padre y quejarse constantemente del viejo en primer lugar y, en segundo término, del sistema norteamericano de atención al cliente, donde las bodegas y las boticas no tienen mensajeros que llevan los garbanzos y las aspirinas del mostrador a la puerta de la casa, servicio que disfrutaba en su ciudad natal.

Aquellos días "pre nupciales" resultaron un completo "survival training" para mí. Aquel brutal entrenamiento me capacitó para sobrevivir, lo mismo en las selvas del Amazonas que en las áridas regiones del oeste norteamericano.

Tomé café frío o tibio, amargo, sin endulzar. Se me atormentó situando en medio de la mesa una sopera sin el cucharón para servirse. Cuando se subsanó ese error, tampoco pude servirme: los platos eran llanos en vez de ser hondos. Cuando este otro fallo fue rectificado pude tomar aquella sopa pescando los fideos con el tenedor, y

tomando el caldo llevándome el plato a los labios, dado que la cuchara nunca apareció.

Sin embargo, el picadillo con arroz tuve que comerlo con cuchara porque los desaparecidos esta vez fueron los tenedores. El picadillo estaba preparado a gusto de perro: la carne sola, sin pasitas ni aceitunas.

Me sentí olvidado, abandonado... Como un solterón sin dinero, o sin amigos para compartir la soledad fraternalmente, jugando al cubilete sobre el mostrador de la bodega del barrio. Tan solo y apesadumbrado me encontraba pensando en la proximidad del Día de los Padres, que compré una postal para papá y otra para mí... para "auto felicitarme" porque presentía que iba a ser ignorado ese día envuelto en el torbellino de los preparativos de la boda.

El "concejo matriarcal": Mi esposa, su señora mamá, mi cuñada, la madre y la abuela del novio, la mujer de mi compadre, la modista y la vecina gallega que es "uña y carne" de mi suegra, decidieron el color, la tela y los adornitos de los vestidos que llevarían las damas de la corte.

También decidieron que el novio vistiese de "frac". El pobre hombre, sin haberse casado, siendo aún libre, lo hicieron "entrar por el aro". No le dieron oportunidad de poner objeción. La decisión tomada no admitía apelación. Ellas constituían la suprema autoridad en esa materia.

El mismo "tribunal de las siete sabias de Miami" decidió que yo también fuese vistiendo "frac". Reaccioné declarándome en absoluto desacuerdo... en rebeldía. No me encaramé en las lomas, como hacen los rebeldes, porque en Miami no hay lomas. No me declaré en "huelga de hambre" porque ya la estaba pasando sin previa declaración.

Mi apelación fue desestimada utilizando en la sentencia palabras contenidas en mi petición: "el padre de la novia no puede ir vistiendo guayabera, aunque esta estuviese elegantemente almidonada", fue el fallo definitivo que emitieron. No encontré otro recurso... acepté la derrota. Accedí... con dignidad, haciendo constar mis protestas... a las que nadie les dio importancia.

Mi suegra, avezada polemista con residencia en mi domicilio, aprovechó el jaleo para darme una de sus estocadas, diciendo que, debido a mi estatura, además del papel de padre de la novia, podía entrar primero y hacer de "ring boy".

Dos sentimientos me impulsaban hacia diferentes rumbos: Uno, el enojo, me estimulaba a polemizar. El otro, la cordura, me recomendaba moderación al hablar y actuar... me sugería restarle importancia al chascarrillo de mi habitual oponente... lo cual hice, guardando apacible silencio. Medida que no fue un revés... fue un acierto. ¡De evitar una polémica nunca me he tenido que arrepentir! De fomentarla sí.

